

# PENSAR LA ANOMALÍA: HACIA UNA VISIÓN DE MUNDO DESDE EL PERSONAJE ANÓMALO DE LA NUEVA NARRATIVA COLOMBIANA

**Edwin Alonso Vargas Bonilla**

Universidad del Quindío

Armenia, Colombia

edwin\_vargas82@hotmail.com

Recibido: 25 de junio de 2014

Aceptado: 7 de julio de 2014

## Resumen

La creación de ficciones, a más de construir símbolos que se anclan en el imaginario colectivo de sociedades, comunidades y culturas, comportan formas de pensar, desde el lenguaje, las paradojas humanas en las que nos vemos inmersos al estar, en palabras de Heidegger, arrojados al mundo. En este sentido, el siguiente artículo abordará la manera cómo, a partir de una lectura hermenéutica a algunas novelas de la nueva narrativa colombiana, se propone una visión de mundo desde lo que Foucault ha denominado anomalía. De esto resulta una reflexión en torno a la construcción literaria de personajes anómalos inmersos en sociedades anómalas, los cuales dan claves para comprender el mundo al que, tanto escritores como lectores, hemos sido arrojados.

**Palabras clave:** Anomalía, visión, mundo, personaje, nueva narrativa colombiana.

## Abstract

The creation of fictions, besides build symbols that are anchored in the collective imagination of societies, communities and cultures, act forms ways of think, from the language, human paradoxes in which we find ourselves to be, in the words of Heidegger, thrown into the world. In this regard, the following article will approach the way, from a hermeneutic reading some novels of the new Colombian narrative, a worldview is proposed from what Foucault has called anomaly. This result in a reflection on the literary construction of anomalous character immersed in abnormal societies, which give clues to the world to which both writers and readers, we have been thrown.

**Key words:** Anomaly, vision, world, character, new colombian narrative.

*El lector de ficciones es un inconforme, un rebelde, y la razón de su rebeldía y su inconformismo es la insoportable camisa de fuerza de la vida humana: el hecho de que esta vida sea sólo una –es decir, que no haya otra después de la muerte-, y además sea sólo una –es decir, que no podamos ser más de un hombre al mismo tiempo- [...] Leemos para dejar nuestra atención y nuestra conciencia en manos de alguien que las llevará a buenos lugares, leemos para ser poseídos por la particular manera de conocer el mundo que es una ficción literaria.*

Juan Gabriel Vásquez.

## **Consideraciones preliminares**

Desde el proyecto *Tendencias estéticas y temáticas de la nueva narrativa en Colombia*, adscrito al grupo de investigación *Estudios regionales sobre literatura y cultura*, de la Universidad Tecnológica de Pereira, se propone la preocupación “por darle un orden a las discusiones en torno a la construcción de personajes anómalos, propios de sociedades anómalas y lo que tales personajes arrojan en términos culturales y simbólicos de una sociedad como la colombiana, cuya entrada a la modernidad, como algunos analistas sostienen, aún permanece postergada” (Gil Montoya 2011, 5).

A partir de tal tendencia temática, se sugiere el estudio de algunos personajes que, desde la novela, provoquen una reflexión en torno a las visiones de mundo que representan, lo que implica pensar tanto la sociedad particular en la que fueron creados, como el sentido latente universal que toca aspectos fundamentales del ser humano como el recuerdo, la memoria, la libertad, la guerra, el debate moral entre el bien y el mal, entre otros.

Si bien es cierto que a través de la narrativa como creación literaria se inventan mundos de ficción, en los cuales los personajes juegan el papel de asumir las acciones que desencadenan los conflictos de la novela, también es cierto que la literatura no sólo se conforma con dicha invención, sino que también se preocupa por pensar al hombre y su entorno, cuestiones que se reflejan de modo explícito o implícito y que se entretajan con la trama de las narraciones.

Desde dicha perspectiva, el tema de investigación, consistente en las reflexiones que se posibilitan a través de la lectura hermenéutica de algunos personajes anómalos de la nueva narrativa colombiana, busca el acercamiento a algunas novelas que exploren con su escritura los conflictos humanos a través de personajes que, en relación con la sociedad en la que se desarrollan, se encuentran por fuera de los cánones de normalidad.

En tal sentido, pensar en el personaje anómalo posibilita ir, a través de su lectura, hacia las paradojas de la vida y la existencia.

Al respecto, cabría preguntarse: ¿cuál es la pertinencia de *una lectura filosófica al personaje anómalo de la nueva narrativa colombiana*? Ante lo cual se puede responder que, por medio de esta investigación, se pretende valorar, desde la relación filosofía-literatura, el aporte que la novela colombiana de los últimos años hace para construir conciencia de país y una reflexión crítica frente a la sociedad, que converge en un pensamiento mucho más amplio en torno a las visiones de mundo propuestas a través de los personajes.

En cuanto a los debates actuales acerca de la literatura colombiana que se publica, este tipo de trabajo cobra interés en tanto explora las posibilidades de reflexión que se despliegan a partir de los personajes contruidos desde la visión de la anomalía en términos humanos, sociales, políticos y culturales. Podría argüirse que las novelas que se han abordado en el corpus forman parte de obras de escritores en formación y que, por lo tanto, hubiese sido conveniente esperar su completa estructuración. No obstante, si se mira lo que han logrado a nivel narrativo, los reconocimientos y premios que han recibido por el valor de sus obras, se entendería que es pertinente proponer su estudio, con el objeto de difundir su labor y medir los alcances de esta nueva literatura para incentivar el pensamiento de los lectores y de la crítica del país.

En ese orden de ideas, se desarrolla una investigación particular y autónoma para explorar elementos de relación entre los discursos filosófico y literario alrededor de algunos personajes de la nueva narrativa colombiana. Por ello, se propone realizar un estudio respondiendo a la siguiente pregunta problema: *¿De qué manera se construye el personaje anómalo de la nueva narrativa colombiana?* Para tal fin, es menester orientar el trabajo por medio de las siguientes preguntas derivadas: ¿qué es el personaje anómalo?; ¿de qué ideas está constituido?; ¿a qué se hace referencia cuando se habla del personaje anómalo de la nueva narrativa colombiana?; ¿cuál es el valor filosófico de su visión de mundo?

Estas preguntas se sustentan en el hecho que, la vieja discusión de la posibilidad o no de existencia y desarrollo de filosofías en los países latinoamericanos, incluyendo Colombia, encuentra en el ámbito literario elementos que dan mucho para pensar, de tal suerte que se vislumbra cómo el pensamiento filosófico se encuentra en gran parte en la literatura. Ahora bien, si aportes significativos al pensamiento filosófico en Colombia se encuentran en su literatura, se busca entonces evidenciar, a través del estudio de algunos personajes, las reflexiones filosóficas que sugieren las visiones de mundo que representan. Ello es posible gracias a que, desde la literatura, se ha impulsado la búsqueda de nuevas formas de decir las ideas que a lo largo del desarrollo de la filosofía, desde la antigüedad hasta la modernidad, se consideraban exclusivas del discurso puramente metafísico.

Desde esta hipótesis, se indaga por las ideas que construyen al personaje anómalo de la nueva narrativa colombiana. Para tal fin, se pone en marcha una metodología *ad hoc*, en la que se aborda el concepto de anomalía desde los planteamientos de Michel Foucault en *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)* (2010), para comprender qué se entiende como tal y establecer la manera a desarrollar la lectura hermenéutica del corpus. De ahí que se hace indispensable diferenciar entre los problemas filosóficos explícitos en las novelas, es decir, los que se enuncian directamente en la voz del narrador o de los personajes; y los implícitos, que no están directamente enunciados pero que sí subyacen a la construcción de los personajes y de la trama, los cuales pueden ser develados por los lectores.

Al hilo de lo anterior, la pregunta problema puede ser resuelta de dos maneras: una explícita, observando las ideas claramente enunciadas en las voces de los personajes; y, otra implícita, que identifica las ideas que están allí sin ser necesariamente enunciadas. En ese orden, esta lectura se realiza a partir de la última perspectiva, es decir, observando de qué ideas están contruidos al develar los tópicos filosóficos que subyacen a éstos, de manera que se genere un acercamiento a sus visiones de mundo, dentro de las cuales se ubica la anomalía.

Vale la pena anotar que, con base al proyecto dentro del que esta investigación se enmarca y, atendiendo al criterio de estudiar obras de escritores nacidos a finales de la década del cincuenta y principios del setenta del siglo XX, quienes a partir de la segunda mitad de los noventa crean una literatura preocupada por buscar y nutrir una voz propia que diga de las complejidades y variaciones del mundo contemporáneo, se identificaron las siguientes novelas de la primera década del XXI que, a raíz de sus personajes, constituyen el corpus de esta propuesta: *Satanás* (2002) de Mario Mendoza, *Recordando a Bosé* (2009) de Orlando Mejía Rivera y *El ruido de las cosas al caer* (2011) de Juan Gabriel Vásquez.

Sin embargo hay que anotar que, pese a que estas obras son las que se abordan específicamente en el estudio, también se observa un panorama literario en el que se consideran, como antecedentes, novelas posteriores a *Cien años de soledad* (1967), enmarcadas en la literatura colombiana contemporánea, con el fin de establecer elementos de comparación y evolución de dicho personaje anómalo. Tales son: *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez; *¡Qué viva la música!* (1975) de Andrés Caicedo; *La ceniza del libertador* (1987) de Fernando Cruz Kronfly; *El general en su laberinto* (1989) de García Márquez; y, *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo.

Así las cosas, considerar y estudiar personajes que se construyen en nuestra literatura dice mucho de nosotros como hombres y sociedad. La lectura de estas novelas, además de proporcionar el placer estético que desatan como obras de arte, mueven a pensar el contexto en el que viven y se desenvuelven los individuos, y genera

una actitud crítica frente al establecimiento de las formas de vida impuestas. Es decir, la literatura colombiana cuenta con toda la potencia histórica que ha cobrado la literatura en general a lo largo y ancho del desarrollo de la humanidad para la comprensión de las formas contemporáneas de pensar y vivir. Tal es la cuestión que aquí nos convoca.

## **Hacia una visión de mundo desde la anomalía**

Un elemento clave para la construcción del personaje anómalo consiste en una visión de mundo particular que, gracias al tratamiento que de ella hace la literatura, cobra matices universales. Es decir, este personaje devela una forma de pensar la sociedad específica en la que se construye y, a su vez, sugiere un sentido latente que toca aspectos plurales del ser humano.

Esta condición particular-universal de la visión de mundo del personaje anómalo posibilita una búsqueda reflexiva de un pensamiento cifrado en la trama literaria. De ahí que la forma de leer abra o cierre la puerta de entrada al universo filosófico de las obras y sus personajes. Por esta razón, una lectura hermenéutica parte del presupuesto de que la literatura, por medio de un lenguaje estético, piensa al hombre y su existencia con todo lo que ello implica: sus pasiones, deseos, recuerdos y contradicciones. De ello se sigue que pensar la anomalía signifique explorar múltiples visiones de mundo en los personajes e intentar comprenderlas de la mano de las paradojas humanas.

A raíz de estas implicaciones, se hace necesario señalar que el personaje anómalo de la nueva narrativa colombiana ha sido construido en diálogo con la tradición literaria, de la cual se nutre estética y temáticamente. Sin embargo cabe aclarar que, pese a que las obras aborden tópicos literarios recurrentes, el contexto particular en el que se recrean hace que los personajes no constituyan una repetición de la tradición sino una nueva propuesta que permite leer el modo como el ser humano de hoy responde a las formas modernas del poder en sociedades concretas: la colombiana, en nuestro caso. Así, las novelas estudiadas tocan temas como la maldad, el crimen, la adolescencia, el espíritu libertario de las nuevas generaciones de jóvenes, la música, los avatares de una sociedad violenta y la memoria histórica que han obligado a los escritores a un ejercicio de lectura del mundo actual en relación con lo que otros autores clásicos y contemporáneos proyectan desde sus ficciones, no para copiarlos sino para dar continuidad de otra manera a las reflexiones sobre el mundo y la sociedad que la literatura posibilita.

Aunado a lo anterior, un lenguaje estéticamente tratado que va más allá de lo anecdótico se convierte en el hilo que teje, entre los espacios de la trama, las visiones de mundo de los personajes. Debe decirse que éstos se constituyen gracias a una reflexión a través del lenguaje, por lo que en ellos confluyen filosofía y literatura como formas de creación y expresión de pensamiento crítico. Así las cosas, la puesta en marcha de la relación filosofía-literatura permite leer la anomalía en su profundidad. De este modo, se tiene que el personaje anómalo está constituido principalmente de ideas y lenguaje,

por lo que un acercamiento desde lo estético y lo reflexivo permite observar la forma como éste se construye al interior de las narraciones como aquel cuya visión de mundo sugiere una crítica a las formas de poder que regulan la vida de los individuos y la sociedad.

Respecto al tema de la anomalía, Michel Foucault señala tres tipos de sujetos: el monstruo, el incorregible y el masturbador u onanista (quien representa al anómalo sexual): “El individuo anormal, que desde fines del siglo XIX toman en cuenta tantas instituciones, discursos y saberes, deriva, a la vez, de la excepción jurídico natural del monstruo, la multitud de los incorregibles atrapados en los aparatos de rectificación y el universal secreto de las sexualidades infantiles” (Foucault 2010, 300).

Define al monstruo humano contemporáneo como el individuo peligroso, al que la nueva narrativa colombiana le da cabida para recrearlo ficcionalmente. Contamos así con los ejemplos de Alexis en *La virgen de los sicarios*, Campo Elías Delgado en *Satanás*, Ricardo Valenzuela en *Recordando a Bosé* y Laverde en *El ruido de las cosas al caer*; quienes representan un peligro para el cuerpo social pero que, a su vez, señalan cómo la sociedad anómala en la que emergen coadyuva con sus mecanismos de exclusión, violencia y represión a crearlos. Esto dice mucho del contexto en el que tanto personajes, como autores y lectores estamos inmersos: una sociedad que inventa sus propios monstruos. Y, aunque lo aquí dicho no justifique la maldad exacerbada y la moral pacata de nuestro medio, sí contribuye a comprender lo que sucede para hacernos a una visión crítica frente al mundo en que vivimos.

Al hablar del incorregible, que aparece en el marco de instituciones cuyo fin es el control disciplinario de los miembros de la sociedad (que en nuestro caso se encarnan en la familia, el sistema judicial, los aparatos de inteligencia del Estado, la universidad, la iglesia, el hospital psiquiátrico, etc.) nos encontramos frente a un sistema que asume la vigilancia y control como piedra de toque del *statu quo*, pese a que se encuentra encubierto por discursos y retóricas que justifican la violencia y otro tipo de prácticas contrarias a las que promulgan. Para la muestra, la nueva narrativa colombiana pone los botones: María del Carmen Huerta y Ricardito Miserable de *¡Qué viva la música!*; Fernando de *La virgen de los sicarios*; Andrés, el padre Ernesto y María de *Satanás*; Valenzuela y su barra de amigos en *Recordando a Bosé*; Yammara y Laverde en *El ruido de las cosas al caer*. Evidencias todos ellos del hecho que, actualmente, las técnicas modernas de domesticación siguen generando anomalías en los sujetos y los incorregibles se seguirán multiplicando en el enfrentamiento contra los aparatos represores.

En este mismo orden, al abordar el tema de la sexualidad Foucault nos pone frente a una reflexión de la manera como esta dimensión humana ha sido constreñida por diversos discursos acompañados de sus respectivos mecanismos. Resulta evidente que la práctica de lo prohibido en términos sexuales se multiplica con la vigilancia y

control del cuerpo y la soberanía individual sobre él. En términos coloquiales: lo más prohibido siempre será lo más apetecido. Prohibición que se erige en principio potenciador de la anomalía sexual, que no es otra cosa que una respuesta liberadora frente a las pretensiones de intromisión al espacio íntimo corporal. A esto se acogen personajes como Alexis, Wílmар y Fernando desde la práctica de la homosexualidad; María del Carmen con su sexualidad desenfundada; Campo Elías con la masturbación; el padre Ernesto y sus experiencias sexuales pese a la presencia permanente de la culpa religiosa; Valenzuela y su sexualidad que evoluciona hacia la violencia contra Rosana; y Lucía Rivas, quien le hace frente a la tortura sexual sufrida por organismos del Estado con el bálsamo del erotismo.

Gracias a este asunto sexual, el control sobre el sujeto pretende pasar del cuerpo a la conciencia. En nuestro caso, Lucía Rivas y el padre Ernesto son muestras de ello por cuanto escapan a tal pretensión al vivir sus sexualidades libremente. Cabe preguntar aquí: ¿de qué manera la sexualidad se constituye en una forma de coerción individual y social en el mundo contemporáneo? Valdría la pena pensar, entonces, en los modos como la literatura colombiana ha afrontado temas como la opción sexual distinta, el uso del preservativo, la planificación, el VIH sida, el aborto, etc., y cómo se enfrentan estas formas de soberanía individual sobre el cuerpo a las imposiciones de formas particulares de pensar y actuar como si fueran leyes universales. La sexualidad libre representa un gran peligro para el poder.

Es necesario aclarar que los personajes no son anómalos *per se*, sino que éstos derivan su anomalía de su enfrentamiento con el *contexto*. Dicho en otras palabras, los personajes no son anómalos por sí solos: requieren estar ubicados en una sociedad anómala. En el caso que nos compete, vemos que los personajes se sitúan en la sociedad colombiana que camina por los oscuros tiempos del Estatuto de seguridad del gobierno Turbay, la violencia urbana que se toma las principales ciudades del país y la consolidación de los carteles del narcotráfico encabezados por Pablo Escobar y su posterior caída. Todo esto pone la anomalía de los personajes de la nueva narrativa colombiana bajo la perspectiva de la memoria histórica que la literatura ayuda a reconstruir desde la ficción.

En el contexto social colombiano, premoderno de pensamiento y negado al reconocimiento del otro, a la tolerancia, al respeto por las libertades individuales y a todo aquello que signifique sobrepasar el egoísmo, los sujetos son considerados anormales por el hecho de mostrarse rebeldes, contestatarios, diferentes y defensores de su diferencia. Resulta más fácil estigmatizarlos, ya que señalan con sus acciones el fracaso de las instituciones hechas para su vigilancia, control y castigo, que pensar en cambiar los patrones del poder en las distintas instancias. Desde este ángulo, podemos cuestionar a la familia, la escuela, la universidad, la cárcel, el reformatorio, el orfanato, el hospital psiquiátrico, etc.

Asimismo, se observa que en un país en el que pululan las leyes, paradójicamente la criminalidad se campea impune por todo el territorio poniendo el dedo en la llaga de la incapacidad del Estado por impartir la justicia que tanto pregona. Lo que sucede es que este monstruo no ha sido contemplado por la ley, ya que esta sólo piensa en sujetos ideales, escapándosele lo humano, lo impredecible. Por estas razones, el valor de la nueva narrativa colombiana y la construcción, dentro de ella, de personajes anómalos, resulta una forma de poner en escena y reflexionar nuestra realidad.

La anomalía resulta definida, por tanto, desde el poder ejercido por las instituciones que pretenden imponer el orden por la fuerza. Hoy podemos ver casos concretos en nuestro medio: los jóvenes que escapan de las correccionales, la comunidad LGTBI que reclama sus derechos frente a una sociedad indiferente, los campesinos que reclaman condiciones justas para su trabajo ante un Estado represor, los estudiantes y profesores que se toman las calles para pedir una educación a la altura de su tiempo, e incluso los grupos alzados en armas contra el establecimiento. Todos ellos anormales por no encajar dentro de los cánones de normalidad impuestos.

Ahora bien, la literatura también nos muestra al criminal o monstruo político que, como el dictador Zacarías Alvarado de *El otoño del patriarca*, se perpetúa en el poder a voluntad y ejerce el despotismo a ultranza. El patriarca hace lo que quiere con su pueblo y subalternos: viola y mata a su antojo. No puede olvidarse tampoco que, para Foucault, las dos formas del monstruo político están determinadas por el soberano despótico y el pueblo sublevado, ambos vigentes gracias a la sed de dominio. Este tipo de monstruo no es políticamente neutral, sino que persigue el poder o, teniéndolo, busca uno mayor. Buen ejemplo de ello, hoy, resultan ser los diálogos de La Habana, en los que tanto el gobierno colombiano como las FARC están, de un lado de la mesa tras el sostenimiento del poder y, del otro, en su persecución.

En contraste con esto, otros resultan excluidos por el mismo poder que ellos mismos establecen, tal como le sucede al Bolívar de *La ceniza del libertador* y de *El general en su laberinto*, quien muere viendo cómo se divide, gracias a las estrategias de la política, el fruto de sus hazañas militares. Ambos personajes demuestran que la actitud frente al poder político sigue siendo una tendencia temática importante para la literatura y que, en ese mismo sentido, puede constituirse en una fuente de acercamiento al problema de la anomalía social e individual. Al señalar esta cuestión resulta interesante pensar, por ejemplo, en Hugo Chávez como sujeto a novelar y que daría pie a penetrar en la naturaleza humana de quien detenta el poder hasta la muerte y en su incidencia en la configuración de una sociedad que gira en torno a él.

Este tipo de lectura nos hace pensar, también, que en una sociedad cuyas normas legales y morales pretenden salvaguardar un orden racional, el instinto o, mejor dicho, el comportamiento instintivo, lleva en sí el germen de la irracionalidad y la locura.



Consecuentemente, quien actúe de acuerdo a sus instintos se enmarcaría dentro de la anomalía. Sin embargo, ante esto se podría cuestionar: ¿qué sucede en los casos en que la racionalidad justifica la barbarie y el crimen?, ¿cómo confiar en la razón cuando en su nombre se cometen masacres, genocidios y exterminios?, ¿cómo entender que cuando la razón está del lado de quien tiene el poder, ahí sí se justifique la monstruosidad? Si consideramos, por ejemplo, las justificaciones de Hitler para llevar a cabo su proyecto de los campos de concentración y exterminio y su aceptación en la sociedad alemana como parte de su destino manifiesto, tenemos que la monstruosidad también busca su asiento en la razón, por lo cual esta no resulta garantía suficiente para evitar el horror y la crueldad. Todo lo contrario: es su aliciente.

Ante este reinado de la razón que elimina el instinto, personajes como Ricardito Miserable (*¡Qué viva la música!*) y Plubio García (*Recordando a Bosé*) muestran el fracaso de las instituciones que, en lugar de reconocerlos y tratarlos como parte de la sociedad, los lanza realmente a la locura y los excluye de manera deliberada. Lo único que hace una sociedad anómala por estos seres humanos es estigmatizarlos como enfermos y peligrosos, por lo cual es necesario controlarlos o suprimirlos por las vías de la medicación u hospitalización. Los personajes anómalos de la nueva narrativa colombiana evidencian que quienes son lanzados a la locura representa un peligro para alguien. Plubio, para el futuro profesional de los médicos de la Universidad de Caldas y Ricardito Miserable para una sociedad elitista que busca salvaguardar su imagen; ambos puestos a merced de instituciones psiquiátricas que no solucionan ningún problema, sino que lo agravan.

A despecho de esto, las prohibiciones e imposiciones de la ley y la moralidad no son suficientes para detener los instintos, pues estos son parte de nuestra naturaleza humana. Al respecto, los personajes centrales de las novelas estudiadas: Campo Elías Delgado, Ricardo Valenzuela, Antonio Yammara y Ricardo Laverde no se detienen ante ningún tipo de tara para efectuar comportamientos que a todas luces resultan lesivos para los otros y para sí mismos. Podemos decir frente a esto que, si bien no todos aspiramos a un poder máximo que desate una conducta criminal y monstruosa, en todos sí reside un instinto que desea realizarse. Justamente por ello el instinto escapa a la racionalización de la ley de manera que el acto instintivo se configura como el gran vector de la anomalía. El personaje anómalo es, ante todo, el individuo espontáneo que actúa según sus instintos. Espontaneidad que se enfrenta al ideal de control y represión de los poderes sociales. Luego, ¿quiénes son los sujetos normales? No son otros sino aquellos que entregan su cuerpo y pensamiento a merced del aparato productivo del Estado. El librepensador y el dueño de su propio cuerpo resultan anormales por cuanto no se dejan controlar y no sirven a los intereses de las instituciones. Tal es el caso de los personajes de las novelas leídas: Fernando, María del Carmen, Andrés, Valenzuela y sus amigos y Yammara.

De todo lo dicho se puede establecer que, para la nueva narrativa colombiana, la tendencia temática del personaje anómalo en contextos de anomalía social es un tema de interés para escritores y lectores. Observar, por ejemplo, el número de ediciones de *Satanás* y la continuidad del tema del crimen en la obra de Mendoza como vector literario habla de lo altamente significativo que resulta pensar esta cuestión. También, ver cómo en Campo Elías Delgado se sintetizan todas las anomalías planteadas por Foucault es una manera de dialogar con categorías teóricas pensadas para comprender el problema de lo humano: aquello impredecible, contradictorio, instintivo, incontrolable. En *La virgen de los sicarios* personajes como Alexis y Wilmar vistos desde la perspectiva de Fernando nos hablan de un mundo que construye sus propios sujetos anómalos, aunado al problema histórico de la violencia que se ha tomado la ciudad. Y en *El ruido de las cosas al caer*, el narcotráfico trasluce una tragedia social trenzada con las tragedias personales y familiares de los personajes. Ante esto, la literatura colombiana de hoy no es ajena, por cuanto este personaje anómalo asume una forma de pensar la sociedad y el mundo de hoy en el que guerras, odios y violencias alimentan nuestra realidad y nuestras ficciones.

Retornando un poco a los antecedentes, Andrés Caicedo señaló con su obra que los personajes se convierten en íconos de una generación y termómetros de la misma. En medio del contexto de una generación joven que se desencanta del mundo adulto, los personajes anómalos asumen una voz que pasa por la vivencia de una sexualidad al límite, lo que los hace dueños soberanos de sus cuerpos y escapan a la normalización. Éstos conforman una generación psicodélica en la que se democratiza la anomalía y que construye su visión de mundo desde la velocidad de la música, la rumba, la alucinación, el ímpetu de la existencia, proponiendo una reflexión sobre la sociedad. Ricardito Miserable y María del Carmen son personajes incorregibles que no se adaptan a lo promulgado por las instituciones y que denuncian su fracaso, por lo cual buscan otros horizontes de sentido.

Por su parte, en *La ceniza del libertador* la condición humana escapa al control institucional y señala al personaje como anómalo desde el establecimiento. Bolívar resulta anómalo al perder el poder y tener que sujetarse a él; se convierte en un estorbo, después de ser un héroe. En su viaje final, se enfrenta al mundo burocrático de los papeles. Es un incorregible designado por el nuevo aparato de poder: la patria. Lo realmente anómalo, en el caso de Bolívar, son las condiciones de una sociedad que desecha a sus hombres más importantes. La patria que nace bajo los dolores de la división, la violencia, la conspiración y la lucha por el poder configura la anomalía de la sociedad. Es decir, la anomalía es un principio constitutivo de lo que se llama patria.

En este orden, resulta interesante decir que en *La virgen de los sicarios*, a más de contar con Alexis y Wilmar como criminales que evidencian la democratización o atomización del monstruo, y con Fernando que se asume como un sujeto anómalo por fuera del aparato productivo, escritor y *flâneur* de la ciudad, también se puede observar

un mundo violento y en crisis: Colombia, el país más criminal de la tierra y Medellín la capital del odio. Medellín es vista por aquel como personaje anómalo; ciudad-personaje fragmentada en correspondencia con Fernando (sujeto escindido). Medellín muestra la anomalía de la sociedad colombiana, en la que la violencia y la muerte se pasean libremente por el territorio, mientras todo se olvida gracias a espectáculos masivos como el fútbol. No es otra cosa que una ciudad de sicarios llena iglesias. Una ciudad partida en dos: Medellín y Medallo. Un centro aparente rodeado de una periferia podrida.

Centrándonos nuevamente en las novelas del corpus, en *Satanás* hallamos una reflexión acerca de la maldad, que no resulta ser un a priori de la subjetividad, sino que deviene de las condiciones concretas de vida de los personajes. Parece metafísica, pero es concreta. Al igual que en *La virgen de los sicarios*, esta novela construye a sus personajes con la violencia y las características del medio social en que se desenvuelven. Los personajes viven violencias plurales, es decir, cada uno en su espacio particular vive la violencia de una manera distinta. A través de sus personajes se puede observar que la anomalía se construye desde la trama, más que desde el discurso. El mal, como realidad presente e innegable en el desarrollo de la sociedad está ahí, a la orden del día, en la vida cotidiana. En algunos personajes como Campo Elías se manifiesta más que en otros. Sin embargo, es un peligro potencial que se encuentra al interior de cada ser humano como posibilidad.

La falta de oportunidades y la exclusión indican síntomas de una sociedad enferma de injusticia, desigualdad e inequidad que son caldo de cultivo para el delito, visto como una de las tantas salidas al infortunio. Razón por la cual la anomalía está presente como ser en potencia, lo que significa que todos podemos llegar a serlo, pese a que sólo algunos, como Campo Elías, lo son en acto. Cuando la sociedad le da la espalda al sujeto y lo margina, lo impulsa a que se vaya en su contra y rete sus leyes e instituciones.

La novela de Mendoza enseña que las formas de vida normal cierran el mundo a las personas menos favorecidas. Esta injusticia hace parte de la normalidad de nuestro *modus vivendi*. Querer superar tal injusticia impulsa al sujeto a la anomalía, toda vez que lo hace por las vías que la sociedad misma le prohíbe. Por eso María acepta la propuesta de Pablo, ya que las desigualdades, la inequidad y la falta de oportunidades son condiciones concretas de una sociedad que obliga a los individuos a jugar con la ley e ir más allá de ella, o sea violarla, transgredirla, para salir de la frustración.

Andrés encarna la anomalía del que se aísla y rompe con el carácter gregario de la sociedad. Esta característica también la podemos ver en el Fernando de *La virgen de los sicarios*. El artista, llámese pintor o escritor, desde su quehacer, se resiste a las formas de poder impuestas por instituciones como la familia. La anomalía de Andrés (y del artista en general) proviene de una actividad de resistencia contra las instituciones;

en este caso particular contra la figura despótica paterna. En esto juega un papel preponderante la imaginación. Actualmente, en nuestra sociedad de control, la “loca de la casa” representa un peligro porque libera a los individuos mentalmente a partir de prácticas que para algunos son incómodas. Nuestra historia reciente atestigua cómo se silencia bajo las balas el humor político y el modo descarado en que se coarta la libertad de prensa en Colombia. Por encima de esto, la anomalía connota algo que va mucho más allá de la mera rebelión, ya que crea unos horizontes de sentido y visiones de mundo diversas. Vale la pena, en este espacio, el homenaje a Jaime Garzón y Guillermo Cano.

Por su parte, el padre Ernesto mete el dedo en la llaga de la religión. En un mundo moderno y racional se argumentan, incluso, las acciones más monstruosas (ya hablamos anteriormente de Auschwitz), mientras que la religión trabaja pensando en sujetos ideales, pero se le escapan las condiciones concretas de vida de los seres humanos que resultan impredecibles. Hasta que, finalmente, la religión también termina convertida en una forma más de justificar la maldad. Para el hombre que se confiesa con Ernesto, la angustia, la desesperación, el insomnio, el miedo de sí mismo, los nervios a punto de estallar, su mente delirante, son condiciones concretas de la maldad.

Por esto, ser anómalo significa devenir otro. Todos tenemos esa posibilidad bajo la sombra de la maldad, pues la anomalía está ahí –como ya dije– en potencia. Vale la pena preguntarnos: si como humanos nuestra condición es cambiante e impredecible, ¿hasta dónde podremos resistir? E ahí la ironía de la religión, que en medio de un espíritu incendiado por las condiciones concretas de la maldad, le dice al hombre: ¡puedes ir en paz! La monstruosidad, por tanto, es una fuerza que va más allá de lo divino y lo humano, por cuanto existen condiciones que escapan de la racionalización humana y de las creencias metafísicas. Ante esta incapacidad de la religión por comprender lo humano, se puntualiza el fracaso de las instituciones que siempre llegan tarde y nos preguntamos: ¿De qué manera actúan frente a los individuos que supuestamente protegen?

A través del diario de Campo Elías se asiste al registro de una visión de mundo particular que, más que un mero discurso, se realiza en acciones. Paradójicamente con él nos acercamos al hecho que, mientras que el personaje anómalo es señalado por la sociedad como tal, éste ve la anomalía en el otro. Desde su condición humana ve un mundo extraño, raro, al punto de no entender ni los comportamientos, ni los pensamientos de los demás. Esta incompreensión mutua, bilateral, se funda en que cada quien ve el mundo desde su orilla particular. Lo peligroso de un personaje como Campo Elías es que revela la baja condición de la sociedad en que vive. Entonces, ¿quién prescribe lo normal y lo anormal?; ¿cuál es el tipo de mentalidad que crea la anomalía? Es la conciencia de rebaño la que lo determina. Por ello, el indisciplinado es proscrito por su desadaptación a las reglas impuestas por el rebaño social. Es una pieza que no funciona bien en la máquina. Un virus enfermizo para el cuerpo sano. Observar con

atención a Campo Elías, misógino y masturbador, recuerda que la anomalía en términos sexuales no sólo se circunscribe a la niñez (como podría interpretarse en Foucault), sino que también es cuestión del adulto. Esto acompañado por el fracaso de una “sexualidad normal”. Una anomalía resultante de la lucha de fuerzas al interior del ser humano en el que confluyen las posibilidades del bien y el mal que, en relación con las condiciones concretas de vida, prevalece una sobre otra. Lucha interna de instintos y pulsiones que nos hace sujetos impredecibles.

La forma como el personaje anómalo se ve a sí mismo fundamenta la anomalía. En nuestro caso, Campo Elías se reconoce como un héroe con un destino manifiesto, en quien la experiencia de la guerra (Vietnam) construye la subjetividad por medio de la violencia a la que lo obliga la institución militar. Sus recuerdos sangrientos son improntas internas que no le dejan en paz. Entonces, ¿cómo se reconoce a sí mismo el anormal? Se reconoce como un ser contradictorio, que no es capaz de superar tal contradicción, por lo cual su vida es desgraciada, ya que no se siente de ninguna parte, ni se adapta, ni cae bien en ningún lado. Además, el personaje anómalo se reconoce múltiple: no es uno, sino dos y muchos. Es bueno y malo a la vez. La escisión de su conciencia forma parte de su anomalía. De ahí sus deseos de ser escritor, de poder vivir muchas vidas en un solo cuerpo, de vivir en lo doble y lo múltiple. Es así como la literatura explora las anomalías humanas por medio de un pensamiento atropellado y contradictorio. El monstruo Campo Elías ve al otro como un enemigo a eliminar. Por esta razón, resulta ser un individuo peligroso que llega a un estado hiperbólico: una violencia que se ejerce contra la sociedad y, finalmente, contra sí mismo.

Al volver a *Recordando a Bosé*, vale la pena mencionar que Mejía Rivera se ha preocupado por una reflexión sobre lo anómalo en novelas anteriores, específicamente en *La casa Rosada* (1997), donde trata directamente la institución psiquiátrica; *Pensamientos de guerra* (1998) y *El enfermo de Abisinia* (2007), en las que aborda personajes de la filosofía y la literatura – Wittgenstein y Rimbaud-. La aclaración va en el sentido de que cada obra merece un estudio particular desde la perspectiva del personaje anómalo, dadas sus características: el enfrentamiento a una institucionalidad, la vivencia de una sexualidad libre y el extrañamiento de sí mismo en medio de la enfermedad y la guerra. Como es apenas obvio, este espacio resulta insuficiente para ello, pero queda latente la inquietud.

En la novela aquí leída, Ricardo Valenzuela vive la transición de la adolescencia a la juventud adulta con la sexualidad como telón de fondo de su cambio de edad. Su anomalía sexual se desarrolla de la mano con el despertar hacia el enamoramiento: el profundo deseo humano de una intersubjetividad amorosa y de los arrebatos del instinto, siempre presente, listo para explotar. Para Valenzuela, la celotipia constituirá parte de su anomalía permanentemente. Su obsesión será buscar un principio explicativo para esta situación, tras lo cual hallará aquellos monstruos: los celos que alimentan el monstruo interior que dormita como un dragón que despierta gracias a cualquier ruido.

Existe también una tensión entre la culpa y la sexualidad que se enfrentan en una lucha sin cuartel. La sexualidad, impulsada por la pasión y el instinto, construye la anomalía de los personajes que se desbocan hacia ella. En contrapeso, la institución religiosa infunde la culpabilidad como forma de control y regulación, imponiendo unos cánones de normalidad que, quien se atreva a romperlos es señalado como anómalo. Todos estamos sujetos a las pasiones que nadie controla. Esto es lo que pretende evitar la religión con su discurso sobre la culpa: que cada quien sea dueño de su cuerpo. Culpabilidad que coarta la libertad individual para ser feliz, incluso con lo más propio e íntimo de sí.

Notemos además que la violencia del país cobra ecos en la ciudad y la universidad. Indudablemente, comprobamos de nuevo que aquella es uno de los elementos de construcción del personaje anómalo de la nueva narrativa colombiana. La situación política y social del país es tierra fértil para su nacimiento y desarrollo. La universidad se convierte en un campo de batalla que excluye a los mejores, volcándolos a la locura. Los personajes anómalos se crean con el concurso de las instituciones que albergan en su seno los reductos de una sociedad violenta dentro de la que sirven como controladores de los individuos y masas. Por ello, la universidad es un reflejo de la sociedad que forma para la obediencia ciega a la institucionalidad. Empero, la literatura se propone como un refugio en medio de un mundo violento atravesado por las pugnas del poder y el sometimiento. En ella los anormales encuentran una posibilidad de estar en el mundo y de resistirse al poder.

El personaje anómalo proyecta su visión de mundo discursivamente, pero no se queda sólo en un discurso. Su pensamiento genera unas acciones específicas. Esta manera particular de ver la sociedad lo hace inconveniente para su medio. Desde allí se impulsan sus búsquedas interiores, de las que la anomalía resulta como una manera de actuar atípica. Es de aclarar que las búsquedas no son anómalas, sino lo que el sujeto hace desde y con ellas. Una conciencia de mundo que crea una manera de pensar y vivir que lleva a Valenzuela a la anomalía. Tal conciencia lo lleva a definir su contexto como un ente de violencia generalizada y lo pone en una situación incómoda. Metafóricamente, para éste los personajes anómalos son los hijos bastardos de una sociedad violada por la política, lo que permite pensar de modo crítico al ser humano, quien ha inventado una moral para la destrucción. La normalidad, entonces, tiene que ver con el *modus operandi* de una sociedad violenta, a fin de que nadie se resista a ella. En este sentido, lo que hace la literatura es desenmascarar la política y los nefastos resultados de la lucha por el poder.

Valenzuela busca el principio de la celotipia en su niñez, quien, en diálogo con Foucault, nos muestra que la sexualidad está presente en el trasfondo de todas las anomalías. Es evidente que esta configura la subjetividad y está presente en la estructuración de la conciencia y, por tanto, es definitiva para la definición de lo anómalo. Esta cuestión lo obliga a convertirse en un observador de sí mismo, para lo

cual resulta muy útil la escritura de sus memorias, fenómeno que ocurre en los tres personajes principales del corpus estudiado (Campo Elías, Valenzuela y Yammara como escritores). Esto revela una clave literaria: la visión de mundo del personaje anómalo constituye una búsqueda de sí mismo que pasa por la escritura.

Debatirse entre una vida pensada y otra experimentada sumerge a Valenzuela en un conflicto interno que desencadena una agresividad incontrolable hacia Rosana y su madre. Su anomalía se torna en algo fuera de todo límite, que desata al peor de sus monstruos. De ahí que la anomalía de los personajes reflexione sobre la sociedad, y el valor de la literatura sea pensarla. Al igual que Fernando, el transeúnte urbano de *La virgen de los sicarios*, Ricardo Valenzuela se hace un caminante de la ciudad que, en su anomalía, cambia de identidad y deviene otro. La anomalía es parte del desarrollo de la vida de los seres humanos y, al final, cada uno se labra un destino diferente, de acuerdo a sus propias determinaciones.

Antes de terminar, subrayemos que, gracias a *El ruido de las cosas al caer*, se recalca que los personajes anómalos de la nueva narrativa colombiana están contruidos por la violencia que ellos dialogizan en sus subjetividades. En el caso de Yammara y Laverde, ambos están contruidos por el deyecto de la caída, que se relaciona con el contexto del país que sucumbe ante el fenómeno del narcotráfico y que encarnan en sí mismos la muerte, el fracaso, el descenso. Otra idea que construye la anomalía en la novela es el recuerdo en el que se sumergen Yammara y Laverde. El recuerdo aísla a los personajes y desde su alejamiento señalan la anomalía de la sociedad.

La idea de la caída desmitifica el lugar común que pregonaba que lo normal de la vida es que las personas busquen ascender; sin embargo, estos personajes caen, fracasan y se hunden en el fango de la tragedia nacional. Las historias de las caídas se anclan en la memoria individual y colectiva; el recuerdo que los personajes reconstruyen nos recuerda a los lectores la violencia y la anomalía de la sociedad en la que vivimos. Ante lo cual nos preguntamos ¿cómo hacer para sobrevivir en una sociedad violenta, como la colombiana?

Yammara y Laverde nos ubican en la costumbre de un país habituado a vivir con la violencia pegada a sus medios de comunicación, que se vuelven indicadores de la anomalía social. Esta novela a través de sus personajes, reflexiona sobre la manera como el crimen se ha hecho parte del *ethos* social, pues se ha tomado las capas más internas llegando a dañar, incluso, a la naturaleza. El Estado, las leyes, las instituciones y el control social no son otra cosa sino un sistema que no tienen en cuenta lo humano ni lo ético. En consonancia con Vallejo, podemos ver que en Colombia la violencia alcanza a los animales ya que el modo como se les mata y maltrata dice mucho de esta sociedad (*verbi gracia*: los perros y los hipopótamos).

Todo el relato se convierte en una catarsis por medio de la cual el personaje anómalo trata de afrontar su desgracia valiéndose de la escritura. Esto lo hace un ser

extraño que juega con el tiempo y el recuerdo, recreando la visión de un mundo y un pasado violento que deja vestigios en el presente. En ese orden, la memoria no trae nada beneficioso a la vida: aquí se ancla la relación entre recuerdo y anomalía. El recuerdo hace daño y no permite que los seres humanos funcionen normalmente. Sin embargo, desde la evocación se comprende el pasado; es decir, quien recuerda se hace anormal porque comprende el mundo. Y, dado que el recuerdo genera anomalía, podemos inferir que lo normal es el olvido y la ignorancia. Esa dupla recuerdo-comprensión nos hace pensar, entonces, que una sociedad que recuerda es difícil de dominar, por lo que, pese a lo doloroso, el recuerdo trae en sí una clave para la libertad.

Por medio de estos personajes vemos cómo la anomalía de la violencia se toma la sociedad hasta imponerse como lo normal. Yammara y Laverde son personajes anormales fruto de una sociedad anómala que los sumerge en la paranoia urbana. Lo mismo se puede decir de Fernando Vallejo y María del Carmen Huerta. Estos sujetos que recogen la memoria colectiva de una generación sufren la atomización o democratización de la anomalía, ya que todos pueden padecerla. En Yammara y Laverde confluye la carga semántica del símbolo de una generación atravesada por la violencia, el gran monstruo que se muestra en la novela. Estos son las víctimas con los que ésta se sacia.

En un país sin memoria, Yammara recuerda a Laverde y reconstruye su pasado. Luego, lo anómalo en este personaje es su memoria histórica. En un país sin memoria es extraño que alguien recuerde algo. Gracias al recuerdo, Yammara como narrador se hace otro distinto del narrado. Se reitera aquí que una característica del personaje anómalo es que deviene otro y que su visión de mundo es poco alentadora, debido a su condición escindida. Máxime cuando en Colombia se vive en una anomalía permanente que se ha normalizado en la cotidianidad. Por consiguiente, lo anómalo en términos humanos se ha vuelto lo normal socialmente.

En una sociedad anómala los inocentes pagan como si fueran culpables. Esto dialoga vivamente con Vallejo, quien afirma que todos somos culpables, y si nos reproducimos más. Y en lugar de corregir, la cárcel cansa a la gente; esto es, las entidades correctivas en lugar de rehabilitar, acaban con el ser humano. En una sociedad así, con tales instituciones apéndice donde se pone lo que se desecha sin tratar de salvarlo, no se vive, se sobrevive. O, mejor dicho, en medio de nuestra inequidad originaria, mientras pocos viven a sus anchas la mayoría purga la pena del sufrimiento.

En tal contexto, para Yammara y Laverde sus acciones traen consigo consecuencias que los transforman. Lo que hacen los muda de una condición a otra, cada vez más baja. Laverde representa un sujeto que no es normal ante la ley pero cuya oportunidad de delinquir vino de una sociedad gobernada por esas mismas leyes que lo señalan como anómalo. Se observa así que la ley trae dentro de sí la contradicción entre la ilusión del control y la laxitud de un Estado ineficiente para ejecutarla.



Finalmente, asistimos al contexto de la vida decadente y triste de Laverde, en la que Yammara comparte su caída. Ambos conllevan la anomalía de vivir atados al pasado que les atormenta y de una sociedad violenta. Ambos son personajes anómalos dentro de una sociedad anómala que los fustiga bajo el ruido de las balas, de la violencia, de la desgracia de la muerte. Muerte que está presente en la construcción del personaje anómalo de la nueva narrativa colombiana, mostrándole su rostro de modos distintos a Campo Elías Delgado, Ricardo Valenzuela, Antonio Yammara y Ricardo Laverde. Muerte que, paradójicamente, nos recuerda que la literatura es ante todo una opción de vida.

## **Bibliografía**

- Caicedo, Andrés. 2009. *¡Que viva la música!* Bogotá: Norma.
- Cruz Kronfly, Fernando. 1987. *La ceniza del libertador*. Bogotá: Planeta.
- Foucault, Michel. 2010. *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- García Márquez, Gabriel. 1975. *El otoño del patriarca*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- . 1989. *El general en su laberinto*. Bogotá: Oveja Negra.
- Gil Montoya, Rigoberto. 2011. *Tendencias estéticas y temáticas de la nueva narrativa en Colombia*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.
- Mejía Rivera, Orlando. 2002. *La generación mutante: nuevos narradores colombianos*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.
- . 2009. *Recordando a Bosé*. Manizales: Editorial Universidad de Caldas.
- Mendoza, Mario. 2002. *Satanás*. Bogotá: Planeta.
- Menton, Seymour. 2007. *La novela colombiana: planetas y satélites*. Bogotá: Fondo de cultura económica.
- Vallejo, Fernando. 1994. *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.
- Vásquez, Juan Gabriel. 2009. *El arte de la distorsión*. Bogotá: Alfaguara.
- . 2011. *El ruido de las cosas al caer*. Bogotá: Alfaguara.
- Williams, Raymond Leslie. 1991. *Novela y poder en Colombia 1844-1987*. Bogotá: Tercer mundo editores.